

Suboficiales

ENRIQUE CABALLERO CALDERÓN
Subteniente de Aviación
e.caballero@terra.es

♦ ¿LA VOCACIÓN COMO TRABAJO O EL TRABAJO COMO VOCACIÓN?

A pesar del dicho popular, “el trabajo no puede ser bueno porque si no los ricos no nos dejarían nada”, en la España de los comienzos de los años 1970, sus habitantes desde temprana edad, iban haciéndose a la idea de cual podría ser el futuro profesional que les facultara para ganarse la vida y así poder mantener una familia. Eran unas personas, hombres y mujeres que habían crecido, en su gran mayoría, dentro de una familia tradicional, donde el padre era el sustento económico y la madre la encargada del hogar. También era una época en la que las mujeres ya se habían incorporado al mercado laboral, en profesiones ajenas a las agrícolas, gracias al crecimen-

to industrial que se había producido en el país.

Los jóvenes elegían sus profesiones de varias maneras, en su gran mayoría fijándose en las desempeñadas por sus progenitores, bien para continuarlas o para alejarse de ellas, dependiendo del grado de satisfacción de los mismos; era la época en la que la televisión ya se había incorporado a casi todos los hogares y a través de ella se podían observar nuevas formas de realización laboral. Pero sobre todo a la hora de elegir había que tener en cuenta la orientación prestada por los mayores, familiares y amigos, que te recomendaban con ahínco, aquellas que te ofrecían un futuro mejor que el suyo. Eran los tiempos de estudiar una carrera o un oficio.

Los oficios más demandados, aparte de los tradicionales, mecánico, electricista, funcionario, fontanero, carpintero, etc., eran

los relacionados con el servicio a los demás: médicos, enfermeras, policías, bomberos, guardias civiles, maestros, militares, etc. y el objetivo buscado no era otro que la permanencia en el mismo el mayor tiempo y si fuera posible toda la vida laboral, siempre a imagen y semejanza de los padres. Pero para alcanzar estas metas, aunque no se aplicara por todos, se era consciente de que uno se tenía que formar, vamos que había que estudiar y que esto era un sacrificio necesario.

Para muchos de los jóvenes el ejército se presentaba como el lugar donde culminar su vocación o como una opción seria para su futuro. Les ofrecía un mundo por descubrir y la posibilidad de una vida profesional continuada, abriéndoles un abanico de profesiones, todas ellas sin desembolso económico alguno, algo que venía muy bien para los ajustados ingresos familiares de la época. Otros españoles tomaban la decisión de ingresar en los diferentes ejércitos, bien para cumplir el servicio militar voluntario o para probar aquello de lo que tanto se hablaban, alrededor de una hoguera o de una mesa camilla, los padres y abuelos.

Los mozos, nombre que se les daba a los que ya habían superado la adolescencia, desde 16 a 21 años, tenían por lo general estudios medios, por lo que veían en el ejército, sobre todo en el del Aire, un lugar perfecto para acceder a nuevas profesiones, con mucho futuro pero caras, imposibles de adquirir en la calle. Por eso se presentaban en masa a los exámenes de ingreso en la diferentes escuelas de especialistas o agotaban los plazos exigidos de permanencia, para una vez superadas las pruebas pertinentes, ir escalando puestos y hacer la carrera militar dentro de la Escala de Tropas y Servicios.

A todos, a los que ingresaban en las escuelas de especialistas, como a los que a base de antigüedad accedían a ser mandos de la Tropa, les esperaban disciplina, compañerismo, alegrías, trabajo, bajos sueldos y sobre todo la incompreensión de una parte importante del resto de los españoles, en unos pocos generada con razón y en los demás por viejos tópicos o por la animadversión producida por un mal entendido pacifismo. Los menos simplemente por la frustración de no haberlo conseguido.

El ingreso en el Ejército del Aire (EA) se producía, generalmente, a muy temprana edad por lo que aquellos jóvenes pasaban la mayor parte de su vida vestidos de uniforme, transcurriendo ésta en torno a sus compañeros, dedicando el tiempo libre a la familia y a los amigos.

Eran tiempos duros en los que los miembros veteranos de la tropa (cabos y cabos 1º) y los suboficiales, en gran parte casados y con hijos, se veían obligados a realizar una segunda actividad en sus horas libres, para complementar los ingresos y poder vivir dignamente, haciendo valer lo cotizados que estaban por los empresarios: por su formación, por su seriedad y por su disciplina.



Pero todo compensaba por la “certeza” de que aquello era temporal, se era consciente que para subir la escalera no quedaba otro remedio que ir peldaño a peldaño para alcanzar lo que otros, los de más edad ya habían alcanzado, la oficialidad, ser oficiales del Ejército al cual amas o por lo menos quieres, daba fuerzas para soportar los estamentos inferiores como paso previo a los superiores, pasando todas las pruebas exigidas, sabiendo que el merecido descanso, después de casi cuarenta años de actividad, llegaría en lo más alto de la carrera.

Con el paso del tiempo España va progresando, haciendo realidad los deseos: la modernización de los ejércitos, el incremento moderado de los salarios y la apertura a las organizaciones militares internacionales, así se evoluciona hasta el final de la década de los años 80. Llega el año 1989 y el EA manda efectivos, bajo el mando de la Organización de Naciones Unidas (ONU), con la misión de controlar y supervisar las primeras elecciones libres de Namibia.

El personal del EA, en su mayor parte suboficiales, asume el primer reto internacional y lo llevan a término con éxito, ante la confirmación de lo esperado por unos y de la sorpresa para otros. Mientras tanto la peor noticia para los diferentes cuerpos de suboficiales, la que les cercenaba la parte más importante de sus carreras y les impedía ascender a oficial en activo, se había producido, pero aunque les había minado su moral, no les había impedido, como era de esperar, el cumplir con creces su misión, el ejército no era el culpable.

En esta misión internacional por mandato de la ONU, a más de 7.000 kilómetros de distancia, se estrenaba un suboficial perteneciente al Ala nº 31, supervisor de carga del avión T-10 (Lockheed C-130H “Hércules”), que después de casi cuatro horas de vuelo llegaba, procedente de la veterana Base Aérea de Ge-



tafe, a la Base Aérea de Gando en la isla de Gran Canaria, cubriendo así la primera etapa del largo viaje al sur, a la punta del continente negro, al aeropuerto de Strijdom-Windhoek.

Nada más terminar de abrirse el portón de carga del avión, su gracioso y afable acento andaluz lo delataba, su alegría lo descubría y su potente apretón de manos lo ratificaba, es un suboficial simpático, corpulento, de piel curtida, activo, buen amigo y compañero, que había conseguido una de las tres primeras vacantes de tripulantes aéreos, publicadas para los integrantes de la Escala de Tropas y Servicios. Es un veterano de la Escuadrilla de Zapadores Paracaidistas (EZAPAC), de la Escuadrilla Plus Ultra y uno de los creadores de la Escuadrilla de Apoyo al Transporte Aéreo Militar (EATAM) y que entonces contaba con dos años de los más de veinte que estaría subido en el andamio, frase acuña-

da por los tripulantes cuando se refieren al vuelo.

Era el inicio de la segunda fase de su vida militar, tras ella vendrían Mozambique, Ruanda, Burundi, El Salvador, Nicaragua, República Dominicana, Mostar, Kosovo, Kuwait, el Kudistán y Afganistán. Este listado de países y zonas del Mundo, representan los lugares en los que se fue dejando algo de su noble corazón, al ser testigo de la pobreza, de las miserias de la guerra y del sufrimiento de los más débiles.

Cuánto tiempo en el “Hércules”, 8.500 agotadoras horas en un excelente pero incómodo avión, que fue fruto de diseñadores que sostenían viejos criterios a la hora de crearlos para uso militar, en los que no se tenía en cuenta la comodidad.

Cuánto tiempo fuera de casa, lejos de su familia, de sus amigos, de su Patria, arrastrando los problemas que ha dejado en manos de su sacrificada esposa, mientras la afinada maquinaria del T-10 le

ha transportado durante más de cuatro millones de kilómetros, lo mismo que si hubiera dado noventa vueltas a la Tierra.

Cuántos millones de kilos de carga transportados, empujados a lo largo de la bodega, amarrados con seguridad, descargados en lugares con ayuda y otros muchos sin ella; pero sobre todo con ilusión con la que da el deber cumplido y la satisfacción de que su esfuerzo contribuye a paliar en parte el sufrimiento de los demás. Como el dice:

“Hay experiencias dolorosas que realmente conmueven, pero saber que tu trabajo es útil para los demás, hace que pasar por ello valga la pena”.

Cuánta generosidad en alguien al que la vida le ha golpeado con tanta dureza, pero aunque la grave enfermedad de su hija María Ángeles, Lili, le apartó de su importante labor, su pérdida le dejó junto a su familia y le debió gratificar al saber que, donde esté, para los que somos creyentes, con Dios, estará orgullosa de su padre, que cumpliendo con su obligación ha contribuido a hacer tanto bien, en los casi 40 años de servicio, como militar en activo, a España.

En el mes de julio del corriente ha dejado la vida activa en nuestro Ejército, el subteniente Adolfo Borrego, Ciudadano Honorario de Spilimbergo (Italia), fiel ejemplo de aquellos jóvenes que eligieron la vida militar como profesión y el servicio a España como dedicación, ingresando en el Ejército del Aire en 1970. Un buen compañero y amigo, con el que tuve la suerte de trabajar en sus viajes a Canarias, cuando yo tenía el placer de prestarle mis servicios en la Estafeta de Gando.

Sería interesante para todos, el que aprovechando la experiencia que atesora, nos gratificara con una descripción pormenorizada de sus vivencias, una de las mejores formas de reflejar la historia, por lo que desde aquí le animo a que escriba esas memorias.